

Dentro de la charla que el poeta mantiene con Tamayo, versada en tantos temas como es posible hallar en la mente de dos buenos conversadores —al final el libro muestra un extenso índice onomástico—, salen además a flote algunas disquisiciones sobre el arte como expresión, sobre esa Medellín infatigable de la infancia, los amigos, la muerte y otros ítemes que atienden al camino que Rivero tomó en su travesía por la vida, todo ello en razón de entrever el sentido de su obra como una dualidad o tal vez más que eso, y sin hacer algún tipo de paralelo con Pessoa —que ni cabe hacerlo— para mostrar la enajenación en la poesía a través de “la costumbre de ser otro” y a raíz de ese discurso de Whitman en el que la experiencia del mundo muestra más que la biblioteca que nos presenta el conocimiento como la fuente más alta de riqueza. Ese ir a los fenómenos sin más, o buscar su sentido metafísico a partir de la vida diaria, convoca tal vez la más fuerte influencia que pesa sobre Rivero, Walt Whitman, autor en el que encuentra manifiesta la idea de que, ya en palabras de Rivero, “la poesía no debe expresar más que la aventura del hombre [...] debe tener una intensa calidad de testimonio”. En este mismo apartado, en el que se llega a tener claridad sobre las influencias y el sentido de su obra, se puede ver al poeta cuyos votos por la humanidad dan sentido al hecho creativo, a ese trotamundos que deviene en testigo de la existencia de otros:

Quise hacer la sustitución del lenguaje ampulosamente poético por el lenguaje de todos los días, quise emplear un tono más sencillo y empecé a hablar también a la vez de mecanógrafas y de empleados y de obreros, de pobres hombres que trabajamos, amamos y padecemos, poniendo así mi voz al servicio del hombre de la calle, del hombre común y de un mundo sudoroso y prosaico...

Cabe anotar que, acompañando las simpáticas regresiones que Rivero hace de la mano de su entrevistador, el libro reúne fotografías que denun-

cian a un Rivero acoplado a las temporalidades de su vida, algunas veces intrincada en el afán comercial, otras cantando tangos o lucubrando desde su casa en La Candelaria. El libro cierra con el *Diccionario de preguntas inútiles*, título que desde luego no le corresponde, y en el que Mario Rivero responde a algunos interrogantes que para muchos suelen ser lugares comunes pero que en este caso engendran todo un mundo de implicaciones, más cuando quien las resuelve es un autor que pasa revista a su vida y que tiene a su favor el don de las palabras.

CARLOS ANDRÉS
ALMEYDA GÓMEZ

“Del poema bien servido”

Imaginación y oficio. Conversaciones con seis poetas colombianos

Piedad Bonnett Vélez

Editorial Universidad de Antioquia, Medellín, 2003, 217 págs., il.

Los libros de entrevistas a escritores, y a artistas en general, no son muy comunes en Colombia (tampoco sé si en otras partes son abundantes, valga la verdad). Es más corriente, a veces con mucha bulla, el libro de entrevistas a ex presidentes, a políticos, a personajes al margen de la ley, y a gente de la farándula. Ello es una práctica acorde con el generalizado gusto musical por el vallenato y por el corrido mexicano. El lector común quiere chismes, y saber cómo son por dentro los mitos que han construido los medios masivos de comunicación.

En los periódicos, las entrevistas a los artistas se han vuelto cada vez más insustanciales, más frívolas y, claro, más ignorantes. Amén del detalle de que, si no es un relumbrón, el espacio dedicado a este género es de, máximo, media página.

Entre los libros de conversaciones con artistas que uno mejor pue-

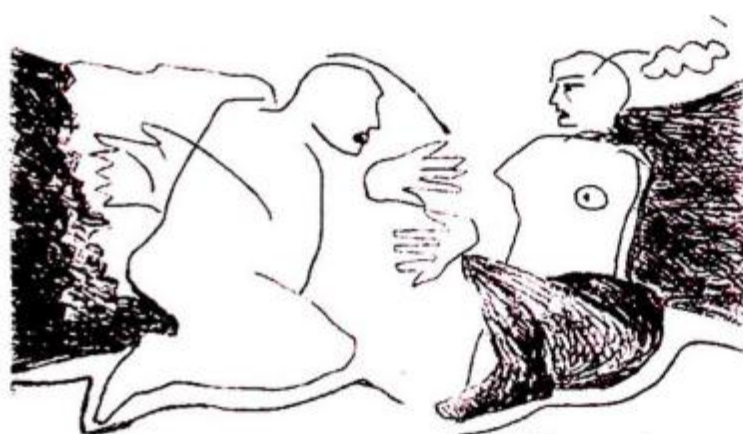
de recordar están, sin duda, *Me tocó ser así*, de José Hernández con Luis Caballero; *El reino que estaba para mí*, de Fernando Quiroz con Álvaro Mutis; *El olor de la guayaba*, de Plinio Apuleyo Mendoza con García Márquez; *Patadas de ahorcado*, de Juan Carlos Irarorri con Antonio Caballero; *Porque soy un poeta*, de Guido Leonardo Tamayo con Mario Rivero; *Roda*, de Andrés Hoyos con Juan Antonio Roda; y *Alejandro Obregón ¡...A la visconversa!*, de Fausto Panesso con Alejandro Obregón.



De todos ellos (puede que haya algunos más) uno puede decir que son libros valiosos por la calidad de los entrevistados, por su rica experiencia, por la sabiduría que han acumulado a lo largo de sus vidas, por la narración de sus dificultades y de sus éxitos, por las intimidades que salen a flote acerca del oficio y de la disciplina, y por las contradicciones asombrosas que anidan en todo espíritu creativo. Cuánto camino inútil se ahorrarían tantos artistas o estudiantes de arte que comienzan apenas el empedrado recorrido de las letras, de la pintura, del periodismo, etc., con la lectura de estos libros o de libros similares (sin descontar, claro, el peligro que corren quienes no saben separar el grano de la paja, y subrayan aquí y allá conceptos y respuestas que luego asumen ciegamente).

Pensando en la escasez de este tipo de publicaciones, y en la dispersión de entrevistas y críticas en los periódicos y revistas del país (así lo

afirma ella misma), en 1998 la poetisa Piedad Bonnett Vélez presentó, al Programa de Estímulos a la Creación y a la Investigación del Ministerio de Cultura, un proyecto de entrevistas a cinco poetas del país, con la propuesta de un posterior libro. Ganó una beca y trabajó durante tres años en las entrevistas a Fernando Charry Lara, Giovanni Quessep, Juan Manuel Roca, Darío Jaramillo Agudelo, José Manuel Arango y Rogelio Echavarría. A los cinco nombres propuestos inicialmente se añadieron los de Álvaro Mutis, pero la autora no pudo viajar a México y la entrevista no se hizo; Mario Rivero, quien se disculpó por asuntos de salud y porque hacía muy poco había aparecido su *Porque soy un poeta* de la Casa Silva; y Rogelio Echavarría, con quien sí se pudo, y entonces fueron seis los poetas entrevistados para el proyecto aprobado. "Los nombres seleccionados inicialmente fueron los de autores cuya obra yo conocía bien y apreciaba altamente, pero sobre todo nombres que consideraba consagrados y representativos de distintas tendencias poéticas", dice la autora.



En abril de 2003 la Editorial Universidad de Antioquia publicó *Imaginación y oficio*, título que recoge las seis entrevistas. Un libro de 217 páginas, sólido y bello como ya es costumbre en esta editorial, que deja la sola insatisfacción de unas fotografías (una por cada autor) un poco lavadas y reducidas.

Al terminar su lectura, cualquier persona interesada en asuntos de la literatura puede entender por qué es importante un libro bien hecho con entrevistas a escritores que han dejado huella con su obra y que son parte imprescindible de las letras del país. También puede entender que,

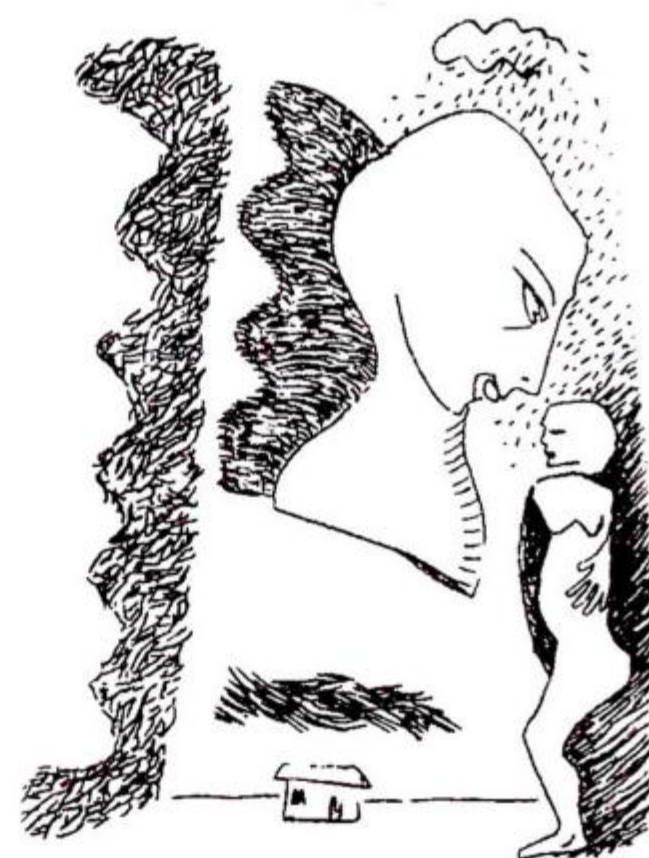
vistas las reflexiones de todos los autores, hacer una obra que trascienda el mero oficio de la escritura es una tarea que está más allá de la sola voluntad y exige, además de una vocación irreversible, atención permanente y un disfrute sin poses ni acomodos.

Piedad Bonnett emplea en las seis entrevistas una suerte de derrotero que, pese a la gran disimilitud de sus entrevistados, no deja desbaratar. No permite que alguno de los poetas hable demasiado sobre un aspecto en particular, por ejemplo, y les pide a todos hablar, grosso modo, de los mismos temas: la infancia, la familia, la juventud, los comienzos literarios, las lecturas..., hasta llegar a las influencias, los autores fundamentales, los hábitos de escritura, el primer libro, el panorama de la poesía y de la literatura del país, etc. Todo ello precedido de una breve e impecable descripción de cada escritor, en la cual se nota, cómo no, la Piedad Bonnett narradora, la novelista. Sin ser un calco, las entrevistas mantienen un orden similar, lo cual posiblemente redunde en un método pedagógico que permite al lector controlar su propia lectura y retener conceptos y respuestas acerca de los temas que, con las variantes obvias, se repiten en las preguntas. De mucho material grabado, ella editó y le dio orden y control a las seis entrevistas.

El libro comienza con el más veterano de los poetas, Charry Lara, que es de una gran precisión en sus conceptos, de respuestas cortas y decantadas. Son ochenta y un años (en el momento de la entrevista) llenos de ambientes literarios, de aprendizaje, de lecturas, de estudio, de viajes, de publicaciones (aunque pocas, sustanciosas), de amistades, de docencia literaria. Un poeta con una obra y una vida de riquísimas enseñanzas en el campo de la poesía. Y de una actitud crítica serena y argumentada, cuya máxima expresión se encuentra en su ya clásico *Lector de poesía* (1975).

En el tema de lo conceptual en poesía, y refiriéndose a Borges en dicho aspecto, dice: "A Borges, a

quien leía desde la universidad, le admiro mucho la prosa, los ensayos, los cuentos. La poesía me deja un poco frío. Yo considero que Borges, fatalmente, no es un poeta como lo es, por ejemplo, Cernuda. Cernuda no pudo ser sino un poeta. Borges era un escritor, un intelectual. En cambio otro poeta a quien admiré mucho en la juventud, a quien sigo admirando, es Pablo Neruda, especialmente por *Residencia en la tierra*". Creo que nadie antes había tenido el valor de decir que la poesía de Borges lo deja un poco frío. Y también sorprende que sea Charry, y no otro, quien resalte la poesía fosforescente de Neruda, porque parecen dos poetas antitéticos.



El poeta bogotano es sencillo y certero en sus apreciaciones como muy pocos, realmente. Da gusto leer sus opiniones, sus descripciones de la Bogotá de su niñez y de su juventud, la valoración de la poesía colombiana, su aprecio por la vida, por todo lo que le rodea, su clara posición ética, intacta. Y esa última respuesta, ante la pregunta de "¿Qué le pediría al tiempo?": "¡Carambas! Al tiempo, a la vida, le pediría una segunda oportunidad...". Cuánta alegría nos daría (y cuánta falta nos hace) que Dios lo reeligiera.

Además de Charry Lara, el otro autor que sorprende por sus respuestas, por las particularidades de su infancia y por la ascendencia de lo mítico y de lo mágico en sus mundos interiores y, por lo tanto, en su

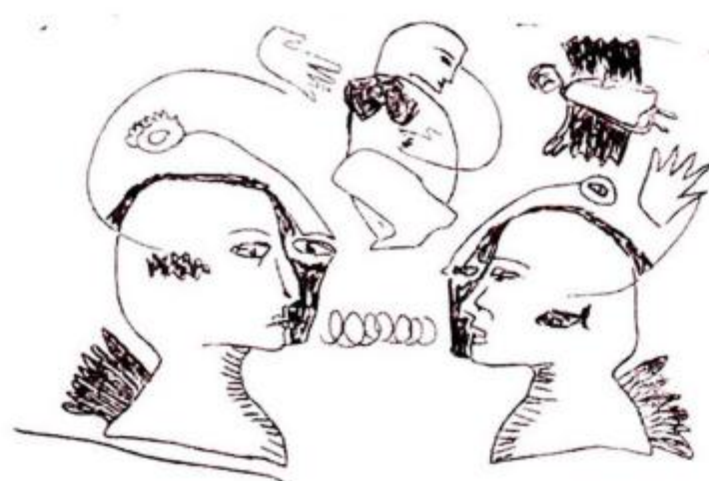
poesía, es Giovanni Quessep, quien, por otra parte, ha concedido muy pocas entrevistas y ha mantenido su vida a buen resguardo de la curiosidad pública.

Una virtud indudable de este libro, en general, es el tono coloquial y de mutua confianza entre entrevistadora y entrevistados. Se saben de la misma raza y quizá de la misma importancia, y la palabra fluye amigable, sin reservas ni prevenciones. Por ello, sin duda, Quessep, comúnmente reservado y distante, aquí discurre con generosidad sobre aspectos como su infancia en San Onofre (Sacre), el colegio y las primeras impresiones sobrenaturales propias de las culturas de la costa caribe. Es evidente su palabra entusiasmada y su disponibilidad a revelar aspectos para nada conocidos de su vida, influencias recónditas en su obra: "Mira, Piedad, tú allá en los pueblos ves a una persona por un camino —no por las carreteras, que es más difícil—, por los caminitos... y detrás un montón de mariposas amarillas. Ya sea Mauricio Babilonia, o un caballo o un burro: las mariposas detrás... amarillas. Una vez estaba muy mal, hospitalizado en Medellín, y de pronto hubo una invasión de mariposas amarillas... (risas). Y yo salí de inmediato, a mirar por la ventana, a ver dónde estaba Mauricio Babilonia...". Y más adelante: "[...] Pavesse decía que el mal de Occidente es la desacralización y la pérdida de los mitos. Yo participo mucho de esa creencia de Pavesse. [...] Mi poesía es lo otro, sacralizar las cosas, volverlas mitos, fábulas. Yo creo que es, en el fondo, la ausencia de algo sobrenatural. Yo creo mucho en lo sobrenatural, soy lector de esas cosas, son las que más me apasionan".

La respuesta del poeta a la última pregunta: "¿Qué ha sido para ti la escritura?", también es citable: "¿Sabes qué? La más bella forma de no morir".

Esta, tal vez, es la más bella de las entrevistas del libro, por esa palabra asombrada y desnuda de Quessep, como ausente de los trastos de la literatura.

En Juan Manuel Roca encontramos, claro, la claridad de sus conceptos, esa forma de conversar casi como escribiendo, echando mano a veces de metáforas y juegos verbales como si se tratara de alguno de sus textos cortos, con las mismas ironías y el mismo humor punzante. "...contestó mis preguntas de esa manera fluida y precisa que es propia de los escritores muy entrevistados", dice al comienzo Piedad Bonnett. Pero hay sorpresas. Como en todos los autores del libro, sorprenden sus relatos de la infancia. La temprana errancia que lo lleva a Europa y a varias ciudades del país, con centro en Medellín, su ciudad de origen. Y arriesga nombres nuevos en poesía, y habla con soltura y sin miedo de sus miedos a repetirse, y exalta de nuevo la poesía de Carlos Obregón, y la emprende de nuevo contra León de Greiff ("...me parece que hay un gran megáfono puesto al servicio de León de Greiff"), y regala un hermoso aforismo de Blanchot para referirse a su relación con la escritura: "Guardar silencio es lo que sin saberlo queremos todos al escribir".



Si la de Quessep me pareció la entrevista más bella, la de Roca me parece la más lúcida, la más explayada en conceptos, confirmando con ello su declarada pasión por el ensayo poético y por la obra crítica, más que por la prosa de ficción. Creo una lástima, sí, que la entrevistadora no lo haya abordado con el tema de sus prosas, tanto ensayísticas (*Tertulia de ausentes* es un bello libro) como de su muy reciente incursión cuentística.

Darío Jaramillo, quien no aparece mucho en los medios de comunicación, es alguien que, por decirlo de alguna manera, tiene su público

propio. Además de la fama sobre todo por sus poemas de amor, es un autor que sabe llevar un público con su humor franco y con una actitud que muy poco le concede a la pose y a las actitudes de *vedette*. En esta entrevista se le ve de esa misma manera, sin titubeos, directo, narrando pasajes espléndidos tanto de su niñez en Santa Rosa de Osos, como hablando de su singularísima manera de escribir borradores en unas casi maniáticas libretas.

Jaramillo Agudelo encarna un extraño ser literario, para quien no parece existir otra cosa que la escritura y la lectura. Desde el comienzo fue un buen poeta, pero nunca ha abusado de sus cualidades y ha publicado relativamente muy poco, incursionando también en la novela, en lo cual va por el quinto título. A todas ellas se refiere en la entrevista, con algunas intimidades risueñas y perplejas. "Un vicio, una adicción", responde ante la pregunta de lo que para él representa la literatura. Sí, Darío Jaramillo es como un animal literario, impredecible y gozón.

La de este libro es, sin duda, la última entrevista de José Manuel Arango, muerto en abril de 2002, quien huía cada vez que tenía que ver con los medios de comunicación. Son contadas sus apariciones, y lo fueron casi siempre a instancias de amigos de mucha confianza, nunca picado por el gusanillo de la vanidad, que es lo común (y que es tan humano).

Era filósofo Arango y su poesía es breve, silenciosa, de registros precisos y significativos. Imágenes nítidas, leves y bellas. Su palabra oral, aunque no muy abundante, era local, cercana a los mundos que vivía y enraizada en sus entornos familiares de vieja data: la montaña, las creencias, el habla coloquial, los mitos, y un fino humor sin carcajadas, más bien de la sonrisa tenue, no exenta de picardía, de malicia, de sorna.

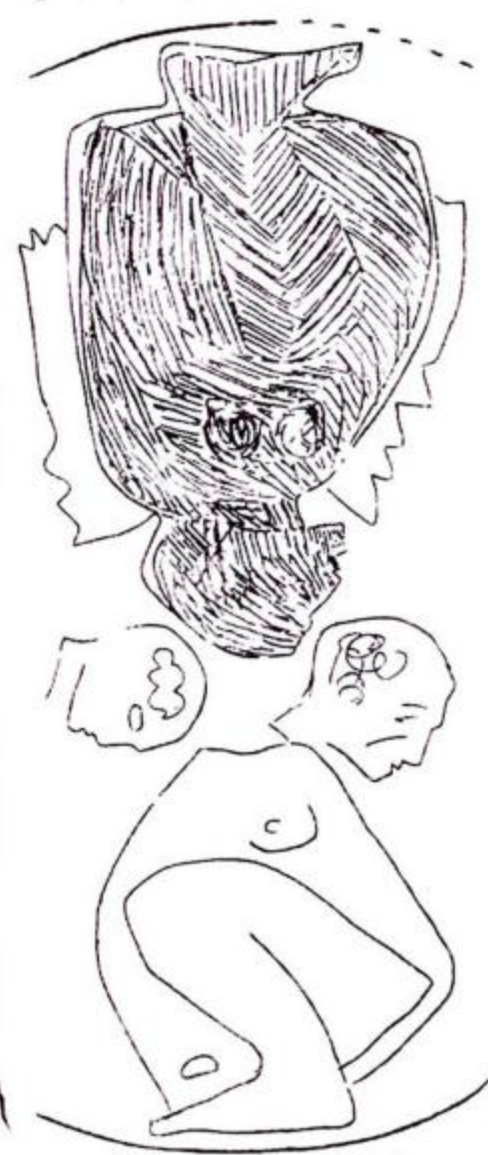
Una vez más se nota la confianza y el aprecio hacia la entrevistadora (a quien sé que admiraba) en esta conversación, ante todo en el tono íntimo del poeta, muy acorde con su poética y con temas que lo llevan por mundos personales, como creo

que no se había hecho antes, excepto en un video que se realizó en Medellín hace años, afortunado, en buena medida, casi sólo por la palabra viva del escritor.

En ese tono muy personal y referido a su obra, Arango habla, por ejemplo, de un tema que difícilmente se trataría en ámbitos distintos de aquellos donde el estereotipo, el cliché y el aprovechamiento de valores a ultranza son la comidilla: "La 'antioqueñidad'... Bueno, sí. Uno es de alguna parte. Además estoy convencido de que uno debe ser de alguna parte, de que hay que tener raíces. He tratado siempre de que lo que escribo parta de experiencias muy concretas. En ese sentido, para mí son muy importantes no sólo las montañas, sino los árboles con sus nombres, los lugares con los que estamos familiarizados, los usos y modos de ser y de hablar. Lo que ha pasado con la 'antioqueñidad' es que se ha convertido en una caricatura, en un estereotipo chovinista. Pero hay otra cosa que encuentras en Carrasquilla, en Fernando González, en uno de los poetas que yo más quiero, Epifanio Mejía, que fue el primero que le cantó a esas montañas. Yo diría que en muchos otros: escritores, artistas, que son ejemplares de un tipo humano distinto al del antioqueño avivato, que por desgracia es el más común. Ellos han querido hablar desde aquí, desde sus raíces. Fernando González trató de pensar desde aquí, desde su circunstancia, trató de pensarnos desde nosotros mismos".

Para ser José Manuel Arango un poeta mayor, como lo llamó alguna vez Darío Jaramillo, asombra la modestia, el tono menor con que asumía tanto su proceso de escritura ("La primera impresión frente a un texto propio, cuando todavía no ha pasado el entusiasmo con que se escribió, resulta casi siempre un engaño, un espejismo. Y uno nunca puede estar seguro de que siga siéndolo"), como el valor mismo que daba a sus poemas, a los cuales prefería llamar textos para no sentirse pretencioso. O tal vez esa actitud de casi incredulidad acerca de la trascendencia de su poesía esté a tono,

para nosotros, claro, con su condición de auténtico maestro. "Yo no creo ser un adicto a la escritura. De hecho, con frecuencia me paso meses y hasta años sin escribir. La poesía, claro, es otra cosa. No creo que se pueda vivir sin poesía. Uno vuelve siempre a los poetas que quiere, a los que todavía lo acompañan. [...] Yo no podría vivir sin mis poetas de cabecera, pero pienso que podría perfectamente vivir sin escribir. [...]".



En fin, es la diferencia de matices de estos poetas, el acercamiento a sus pensamientos más íntimos, lo que hace también más apasionante la lectura de este libro.

Cierra el ciclo Rogelio Echavarría, el más risueño, hacedor de frases y de calambures. En el transcurso de la entrevista, en el libro, no parece ser el mismo Rogelio Echavarría asustado y nervioso que dice Piedad Bonnett que se encontró al comienzo del encuentro, en un café bogotano. También contó ella, extra libro, que Echavarría le pidió prescindir de buena parte del material ya grabado, por considerarlo sin importancia, lo cual los lio en una amigable, pero exhaustiva disputa.

Como es natural, este poeta gasta bastante espacio narrando sus sufrimientos y venturas como periodis-

ta, porque empezó casi desde niño. En ello se le siente a sus anchas, dado que, como anota la entrevistadora, no siente remilgos en hablar bien de sí mismo y en alargarse contando sus logros y sus triunfos editoriales como escritor. Y todo lo salpica, aquí y allá, con frases chistosas y juegos de palabras: "¿Cuáles son los peligros más grandes que amenazan a un poeta?", y responde: "Si es al transeúnte, las motocicletas". Parece, en general, no querer irse a las honduras, y más divertirse que trascendentalizar.

En fin, un libro para el gusto de los lectores de buena poesía, que deja un agradable sabor después de haber leído todas sus páginas, por la soltura de sus conversaciones, por las anécdotas personales, por, como lo dije antes, las íntimas revelaciones de seis de los más importantes poetas contemporáneos de Colombia. Lejos de la rigidez de las academias, cerca del interés de los seguidores del poema bien servido.

LUIS GERMÁN SIERRA J.

Un álbum familiar

Yarumal. Tiempo de relatos

Francisco Jaramillo Mora

Libro Arte Editorial, Medellín, 2002, 206 págs.

Hay libros escritos sin ningún afán de trascendencia, sólo con un aire de reminiscencia, como un deber de identificación y reconocimiento, como homenaje familiar y chico-patriótico, suspirante visita a lugares que conserva la memoria pero que, ante la amenaza de su fragilidad, queremos preservar recordándolos particularmente a quienes consideramos —o ellos mismos así lo saben— los cercanos, vecinos, familiares, contemporáneos o herederos de un núcleo querido.

Éste es el caso de las apuntaciones que desde hace muchos días venía haciendo el médico Francisco